

Colección Siquier

El deber de lo nuevo

A lo largo de unos 60 años y a impulsos de la febril pulsión escópica que guió su vida, sobreponiéndose a la soledad de habitar el córner de una periférica Almería desde la que operó como un outsider, Carlos Pérez Siquier (1930 – 2021), siendo un empleado de banca, desplegó una sorprendente carrera fotográfica marcada por su terca voluntad de mirar, su sagaz intuición, su independencia feroz y una capacidad innata para sintonizar con el “zeitgeist”, el espíritu de su época, que le llevó a evolucionar desde la fotografía humanista que imperaba a mediados de los 50 en sus comienzos en el barrio de La Chanca, hasta colindar, sin conocerlo, con el art pop en su serie La Playa.

Haber abrazado hasta el final de sus días ese “deber de lo nuevo”, en expresión de Gómez de la Serna, lo convirtió en uno de los fotógrafos más vanguardistas y modernos de la España de su tiempo. Si Pérez Siquier ya procuró no ser influenciado por la obra de otros fotógrafos, el hecho de vivir en un remoto confín de España asomado a un paisaje desértico y elemental que nutrió su mirada pura y sobria, acentuó el carácter rabiosamente original y genuino de sus imágenes.

Hasta muy poco antes de morir, tal y como prometió, “con las fotos puestas”, Pérez Siquier, quizá a impulsos de su propia insatisfacción, se metamorfoseó continuamente en tensión creativa consigo mismo. En los años 60, y al margen de la incompreensión general, fue un visionario pionero internacional del color, entonces proscrito por la fotografía culta que lo despreciaba como un recurso trivial. Su fotografía penetrante, transparente y luminosa socavó la realidad para descubrirnos, con ironía, ternura o melancolía, lo que la realidad esconde de fantástica, de surrealista o de ilusión vana y absurda.

Cercano a la publicidad y el cartelismo -para los que trabajó- las imágenes de Pérez Siquier claman la elocuencia de la más depurada síntesis formal y golpean nuestra mirada con el puñetazo de su condensada potencia. Bajo su apariencia de documento espontáneo, elevan un anhelo poético. A menudo, sus fotografías son fisuras, inesperadas excavaciones en lo real, que nos sorprenden revelando una imagen subyugante donde nosotros solo veíamos una escena banal. En las fotografías de Pérez Siquier es común contemplar un fulgor de epifanía: ver a un fotógrafo *viendo*, ver a un fotógrafo so-cavando lo real para *decretar* una imagen donde no la había.

Sin considerarse nunca un “artista”, y habiendo atravesado periodos de incomprensión y silencio, hoy es devocionado como un “fotógrafo de fotógrafos” inusualmente capaz de trascender también a las grandes audiencias, pues su mirada, limpia de cualquier retórica, nos conmueve, nos excita o nos desconcierta. Como en los poemas de su amigo Joan Margarit, las imágenes de Pérez Siquier, sin necesidad de explicación, nos alcanzan siempre en una visión primera reservándose nuevas y sorprendentes capas de emoción y significado al volver a verlas.

Anticipándose a la cultura de la fragmentación, otra señal de la modernidad de su ojo global consistió en concebir su obra como un gran puzzle de incisivos detalles en el que, sin embargo, cada tesela, marcada por el sello de su estilo, se engarza brillando con la intensidad de una perla propia. Ojo epicúreo de hombre carismático y vitalista que nos contagia el gozo de vivir, Pérez Siquier no fue ajeno al dolor y la miseria de una Chanca a cuyos pobladores contempló sin tremendismos, con dignidad, amor y empatía

Modelo de empeño y sacrificio hacia un medio que contribuyó no poco a dignificar, también fue un vehemente activista que, junto a José María Artero, desde la pobre y remota Almería, en un golpe de audacia, se atrevió a revolucionar la fotografía española de los 50 / 60 soñando el sueño romántico de la revista AFAL. El pleno reconocimiento a su obra no le llegó hasta principios de los 90 y solo fue definitivamente ratificado en 2003 con un Premio Nacional de Fotografía que “saldó” una deuda debida.

Celebrando su 30 aniversario, el Centro Andaluz de la Fotografía, con el que Pérez Siquier se mostró tan cercano, exhibe sus im-

portantes fondos con obra del fotógrafo almeriense en una exposición reforzada con la generosa colaboración de la Fundación de Arte Ibáñez Cosentino. “Colección Siquier” les invita a pasear por la modernidad de un “flâneur del Sur”, un coleccionista de vibrantes imágenes plétóricas de emoción, vida, luz, inteligencia y la abrasadora inundación de ese Sol que le curtió la piel y que restalla en sus jubilosos colores.

Ellas exhiben la visión del mundo, ya sea realista o más abstracta, apasionada, sensual o mordaz, de un fotógrafo tan excitantemente comprometido con su tiempo que, sin haber dejado propiamente una “escuela”, sigue calando entre las nuevas generaciones de fotógrafos que aquí homenajean la mirada limpia, radical, joven y rebelde de un gran fotógrafo convertido ya en un clásico contemporáneo.

JUAN MARÍA RODRÍGUEZ

Comisario

***El comisario agradece a Sonia y, singularmente, a su hermana Gloria Pérez Siquier las facilidades y aportaciones con las que ha enriquecido esta exposición.**

La Chanca

Tras descubrir fascinado la magia de la fotografía en el laboratorio que su padre, empleado del catastro y fotógrafo aficionado, tenía en la buhardilla, Carlos Pérez Siquier estudió Fotografía en la Escuela de Artes. Allí aprendió la técnica, a la que nunca concedió demasiada importancia. Pero, como fotógrafo, Siquier fue un autodidacta.

Siendo empleado de banca, aproximadamente entre 1956 y 1965 -también en color desde 1960- se interna cada sábado en La Chanca, un arrabal extramuros en las faldas de la Alcazaba donde unas 20.000 personas, muchas de etnia gitana, viven en condiciones marginales en cuevas, chabolas o casucas sin agua, asfaltado ni otros servicios básicos. Allí, por su aspecto anglosajón, pese a ser almeriense le llaman “El Americano”.

Convencido de que un fotógrafo tiene la obligación moral de interpretar la realidad de su país “por muy triste que ella sea” y sintiendo “la llamada de aquella gente, del territorio”, Pérez Siquier, influido por la corriente neorrealista y por la fotografía humanista abanderada por “The family of man”, la célebre expo de Steichen, realiza su primer gran trabajo que, sin seguir un plan predefinido, ya contiene algunas de las claves que mantendrá en toda su trayectoria: el encuentro espontáneo con la realidad, la sobriedad formal, la elevación poética de sus personajes, la universalización de las escenas y, en este caso, una empatía que, pese a la dureza del contexto social, prescinde del tremendismo para recoger el dolor pero celebrar también el humilde y resignado “joie de vivre” de los pobladores del barrio, alejándose así de los trabajos de estricta denuncia social.

A pesar de eso, las fotos de La Chanca fueron recibidas como “escandalosas” por los sectores conservadores de la fotografía española de la época. En pleno debate entre las posiciones del realismo social y las que reclaman más experimentación formal, otras voces, como la de Xavier Miserachs, le observan a Siquier que solo “documenta la realidad” cuando el trabajo de un “fotógrafo moderno” debería estar “obligado a recrearla”. Esta posición desubicada y de fuerte independencia que se niega al encasillamiento, acompañará la carrera de Pérez Siquier. De una parte, Siquier, en las antípodas de los pintores

que encontraron en La Chanca apenas un decorado pintoresquista, testimonia La Chanca pero, como nunca llegó a fotografiar las zonas más terribles del barrio, tal y como advirtió siempre, décadas después reflexionará en entrevista con Laura Terré, gran especialista en su obra, que “mi Chanca era real hasta cierto punto”.

Aunque Juan Goytisolo recorrió también el barrio en la misma época, ambos desconocieron en ese momento su trabajo mutuo. Pero cuando en 1962, Goytisolo publica en París “La Chanca” con imágenes sin firma que subrayaban la miseria del barrio descarnadamente, la Policía española sospechó que las fotos eran de Pérez Siquier, a quien ya vigilaban. El incidente le costó varios días de arresto.

“La Chanca” no fue publicada como monografía hasta 2001, casi 40 años después de acabada. Con décadas de retraso, fue el primer libro que consiguió editar. “Ha merecido la pena esperar tantos años”, comentó Siquier, emocionado, ante el primer ejemplar.

El color

El camino hacia la depuración formal, la síntesis o el descubrimiento de la abstracción que late en lo real, lo inició Carlos Pérez Siquier en 1965, cuando el derribo de las casucas de La Chanca en estado más miserable dejó el armazón de sus muros de cal coloreada al descubierto. En esos desconchones y caliches, pintados de un color por una familia y repintado con otros por la siguiente que habitó esos muros, a veces arañados y recompuestos por él mismo, Pérez Siquier encontró “una especie de estratos, como si fueran tiempos geológicos”, que fotografió como si fueran detalles de graffitis centenarios o abstracciones de una plasticidad sorprendente, incierta, armoniosa y subyugante, en el trabajo más pictórico de su carrera y de nuevo al margen de cualquier tendencia fotográfica imperante.

A partir de ahí, y atravesando “La Playa”, la mirada de Pérez Siquier, ya siempre en color, compone poderosas fotografías que revelan las capas ocultas de lo real que él excava hasta hacer visibles de-

talles que, aislados en su mirada simultáneamente global y microscópica, parecen trascender lo real, como si desprendieran una aureola propia.

Así, manillares y ruedas de bicis sombreados contra paredes luminosas, coches amortajados con fundas rojas superpuestas ante otros montículos de arenas ocre, detalles publicitarios surrealistas, divertidos trompe l'oeils, gigantescos leones de mentirijilla que asoman en las playas para recordarnos, con Shakespeare, que todo en el mundo es burla o parasoles que convierten la cristalera de un coche en una onírica pantalla urbana, van construyendo un mundo de fogonazos, irrealidades desconcertantemente reales, unas veces restallantes de júbilo y vitalidad y otras inquietantes o melancólicas.

Esos trabajos, vinculados al pop o a la abstracción, compilados en series como “Encuentros” o “Trampas para incautos”, nos hablan de un fotógrafo muy capaz de inyectar un hálito de vida excepcional a los objetos más inertes y vulgares, como una bolsa de plástico abandonada en la arena desde la que nos mira, impreso como un fantasma, un rostro triste y solitario.

En esas fotografías, como decisivos instantes de nada, encontramos al brillante Pérez Siquier que radiografía desde la sorpresa hasta el absurdo de la vida en imágenes que parecen lindar con el cartelismo, pero que son rotundas y puras fotografías. Y ahí, trabajando solitariamente, progresa un uso vanguardista del color que fue ignorado en España, pero que fue internacionalmente reconocido en 2007 cuando Martin Parr lo presente en Nueva York en la muestra “Colour Before Color” dentro de un quinteto de fotógrafos europeos pioneros del cromatismo.

En otros trabajos posteriores, como el viaje fotográfico en el tren “Almería-Granada-Sevilla” -publicado en 2002 por la Consejería de Obras Públicas -una inesperada “aliada” decisiva en el “descubrimiento” de Pérez Siquier del que ya había publicado la primera monografía de La Chanca- o en sus fotografías para la Maestranza de Toros de Sevilla en 2004 -los dos últimos libros, como los excelentes “La Mirada” y “Color del Sur”, editados por un colaborador fundamental de esos años, Mauricio d'Ors- sigue convirtiendo el reportaje documental en un fantástico género conceptual o ensoñador.

Carlos Pérez Siquier, un joven perenne aferrado al vitalismo de la cámara, se mantuvo activo hasta casi el final de sus días con 91 años. En su dulce serie otoñal “La Briseña” o tomándose a si mismo como un inesquivable motivo en “Mi sombra y yo”, destiló el último saber de la simplicidad, el placer y la espiritualidad de un ojo y un ser que necesitó alimentarse y expresarse en imágenes.

La playa

En uno de sus mayores golpes de audacia y sentido de la contemporaneidad, a principios de los años 70, Carlos Pérez Siquier empezó a registrar de manera mordaz la invasión del turismo sobre las playas paradisíacas de Almería y el litoral mediterráneo que él mismo, paradójicamente, contribuía a promocionar como fotógrafo independiente que trabajaba para guías turísticas y para las campañas del Ministerio de Información y Turismo desde los años 60.

Así, desdoblado su mirada entre el cumplimiento del encargo y la búsqueda de la más libre y radical autoría, ya fuera como una “vendetta” privada respecto a quienes masificaron la solitaria felicidad de las calas cavernícolas que él mismo tanto disfrutó, Pérez Siquier, patrullando la arena con una Rollei de medio formato y diapositiva en color de 6x6 -algo inaudito en la fotografía de la época- desfiló ante esa “masa de carne que se nos ha cargado el paisaje” dedicándose a “vengarme de ellos con mordacidad y ternura”, según decía, hasta convertir un espacio de ocio desprestigiado culturalmente, en el gran escenario de uno de los trabajos más originales de la fotografía europea de los 70. Y lo hizo, además, operando a contracorriente de la mayoría de fotógrafos: si ellos escondían sus cámaras de las luces abrasadoras del mediodía, Siquier aprovechaba el pleno Sol para incendiar el color de sus imágenes meridionales, hasta el punto de que muchas parecen tomadas con el refuerzo de ese reflector que nunca usó: como si la playa fuera un plató.

En “La Playa”, una serie que suma unas 850 imágenes, Pérez Siquier desarrolla su indagación en la poética del fragmento desmembrando los cuerpos bronceados al Sol, descabezándolos, anulando su identidad y convirtiéndolos en masa y formas, señalando que el nuevo

espacio de consumo masivo es una bacanal de varices, vello y es-trías, enfatizando su grotesca crasitud abrigada con ungüentos, restallando el estampado kitsch de las lycras, sorprendiéndonos con una visión alternativamente tan hedonista y sensual como inquietante e incluso aterradora, al mostrarnos los cuerpos devorados por la calcinación del Sol como cadáveres -o maniqués- abandonados en la arena por una sociedad de consumo que explota el turismo como una moderna forma colectiva de alienación.

A menudo, Pérez Siquier deserotiza los cuerpos o focaliza el deseo desplazándolo hacia el fetiche de los elementos que apenas lo cubren -un gorrito, un breve bañador- y, al igual que los objetos de playa, los convierte en abstracciones trazando líneas de parentesco tan directo con el “art pop” -conexión culminada en sus series “Trampas para incautos” o “Encuentros”- que evocan la obra de artistas como Wesselmann, Kacere o Hockney.

Si el pop art fue una tentativa de superar la división entre las bellas artes y el arte vulgar, como sostiene Arthur C. Danto, Pérez Siquier compone un mosaico que, a partes iguales, ironiza y celebra la democrática victoria de los cuerpos, bellos o crasos, proclamando la exaltación y el abandono del incandescente verano en ese nuevo espacio de descarada igualdad y libertad en el que la nueva democracia española, espoléada por el turismo, había convertido la playa.

Antes que en España, “La Playa” fue apreciada en el extranjero: “Camera International” la publicó en 1989 y “Harper’s Bazaar” en 1990. En España, su valoración comenzó en 1997, cuando la Fundación “la Caixa” organizó una decisiva antológica Pérez Siquier comisariada por Laura Terré.

En el cabo

Después de “La Chanca”, donde el mar, pese a estar tan cercano a un barrio que en parte se dedicaba a la pesca, prácticamente no aparece en el contexto de una Almería que hasta bien recientemente vivía de espaldas a él, hacia 1970 Carlos Pérez Siquier comienza a incorporarlo a su universo autoral en un pequeño y delicioso traba-

jo, mezcla de paisaje, retrato social y álbum familiar, que realiza en La Isleta del Moro, todavía en un poético y austero blanco y negro. Aunque en su trabajo profesional, desde 1963 ya trabajaba como fotógrafo independiente para las campañas de promoción del Ministerio de Información y Turismo, centrado singularmente en la costa mediterránea.

Hombre de salitre y sol, Pérez Siquier disfrutó enormemente del mar -y, en la árida y cavernícola Almería, de cómo en él se fusionaba el desierto- hasta el punto de fundir su mirada con un paisaje virginal que descubrió ya adulto y gozó como un pionero cuando las calas de San José, Rodalquilar o Agua Amarga eran paraísos remotos de muy penoso acceso desde Almería. Perderse por esos paisajes telúricos y empaparse de su energía fue clave para entender su opción vital de permanecer en una Almería cuyo mar contempló -y fotografió- hasta el final desde su casa frente al Paseo Marítimo.

El enorme, primitivo y maravilloso Parque Natural de Cabo de Gata fue una especie de “Macondo visual” en el que Pérez Siquier pudo, quizá, sentir, “el abismo de reconocimiento de cuanto somos, el abismo del extrañamiento de cuanto fuimos, un abismo profundo, hacia lo hondo, y un abismo en altura y luminoso”, según la hermosa descripción de Andrés Trapiello en “Al fin y al Cabo”, la colección de imágenes referidas a ese territorio dilecto de Pérez Siquier que el profesor Antonio Lafarque presentó como exposición en 2008.

En este Cabo de Gata áspero, bello, desnudo, cegador y ventisco, arrecife desértico, cala que lame la duna, que Gerardo Diego llamó “puerta de Hesperia, gozne del Sureste”, encontró Pérez Siquier un decorado vitalista u oxidadamente ruinoso, realista o fantástico, humano, grafitero o arquitectónico en el que hacer documentalismo de lo visible y del trampantojo, de las inverosímiles geometrías populares o de los destellos de irrealidad lunar capturados en un mundo cierto y terrestre.

Formas abstractas, composiciones pop, fragmentos chocantes, el paisaje alterado por el hombre, ventanas tapiadas con maderos cruzados que casi no dejan ver nada, apoteosis de viva cal blanca pespunteada por cruces también blancas, pero de muerte, que emergen sobre un fondo azul radiante.

En algunas vemos el mar. Pero sobre todas rebota la luz del salitre.

A Carlos, desde su futuro

En el transcurso de su larga trayectoria, Carlos Pérez Siquier atravesó épocas en las que se sintió solo y postergado en el contexto de la fotografía española. Sin embargo, con el paso de los años, su “redescubrimiento” a principios de los 90, el Premio Nacional de Fotografía en 2003 y el inicio -bien tardío- de la publicación de su obra, desataron un amplio y caluroso reconocimiento a su trabajo.

Así, Carlos Pérez Siquier se convirtió en una referencia para una oleada de jóvenes fotógrafos que, encontrando en él a un maestro veterano de recio criterio, joven espíritu e intacto el ánimo agitador y colaborativo que en sus inicios desplegó en AFAL, a menudo sollicitaban su opinión y su consejo. Pérez Siquier siempre consideró que el reconocimiento de las jóvenes generaciones era una de sus más emocionantes y mayores conquistas.

En “Colección Siquier”, 16 fotógrafos y fotógrafas españoles, tanto de mediana carrera como de trayectorias ya algo más que emergentes, pues todos han publicado fotolibros, realizado exposiciones o bien recibido galardones, aportan generosamente una obra en un gesto de admiración y tributo a un maestro de mirada genuina que no dejó, estrictamente, “escuela”, pero cuya huella huella es rastreable en la fotografía española contemporánea, cuyo futuro contribuyó no poco a innovar y construir.

AUTORES

Rocío Bueno

Laura Carrascosa Vela

Cristóbal Carretero

Manolo Espaliú

Marlene Freniche

Susana Girón

Paco Gómez García

Elisa González Miralles

Lucía Herrero

David Jiménez

Fernando Maquieira

María Moldes

Gregorio Reche

David Salcedo

Rafael Trapiello

Antonio Xoubanova



Carlos Pérez Siquier: *Autorretrato* (1965).

Colección Siquier

Del 14 de diciembre de 2022
al 9 de abril de 2023

Centro Andaluz de la Fotografía

C/ Pintor Díaz Molina, nº 9

CP. 04002 – Almería (España)

Tel: 950 186 360/61

E-mail: info.caf.aaiicc@juntadeandalucia.es

Web: www.centroandaluzdelafotografia.es

Facebook: [@centroandaluzdelafotografia](https://www.facebook.com/centroandaluzdelafotografia)

© Pérez Siquier, VEGAP, Almería, 2022

Centro **Pérez Siquier**

FUNDACIÓN DE ARTE **IBAÑEZ COSENTINO**



Junta de Andalucía

Consejería de Turismo,
Cultura y Deporte

Agencia Andaluza de
Instituciones Culturales

